

## **QVI, CVI Y LA INTERPRETACIÓN FONOLÓGICA DE LAS LABIOVELARES LATINAS.**

1. Según es bien sabido, una de las más discutidas cuestiones suscitadas por la aplicación del moderno análisis fonológico al estudio de la lengua latina clásica es la de la interpretación de sus *oclusivas labiovelares*<sup>(1)</sup>; es decir, la de si los sonidos complejos habitualmente notados por medio de los dígrafos *QV* y *(N)GV* deben ser considerados como auténticos fonemas labiovelares -los que los lingüistas suelen notar como /k<sup>w</sup>/ y /g<sup>w</sup>/, respectivamente-, o si, por el contrario, ha de verse en ellos la realización de grupos difonemáticos, formados por las correspondientes oclusivas velares más el fonema /u/ en su realización asilábica<sup>(2)</sup>. Aunque el autor de estas líneas no oculta que hasta la fecha se ha sentido más vulnerable a las argumentaciones favorables a la interpretación monofonemática de *QV* y de *(N)GV* en latín clásico que a sus contrarias, no pretende en esta ocasión volver sobre la *summa quaestionis* ni, mucho menos, aportar un dato o razonamiento capaz de dirimirla. Su propósito es harto más modesto: trata simplemente de someter a reconsideración cierto argumento ya esgrimido en este debate, y esgrimido precisamente en favor de la tesis del monofonematismo hacia la que confiesa sentirse inclinado. Resulta, pues, que lo que aquí se plantea es sencillamente una meditación *de puertas adentro*.

- 
1. Sobre esta cuestión pueden verse: MARINER 1962:256 s.; LEUMANN 1977:150; QUETGLAS 1985:87 ss., con bibliografía.
  2. Efectivamente, comparto la opinión de quienes, como MARINER 1962:256, niegan la autonomía fonemática de *w* e *y* frente a *u* e *i* en latín clásico. Remito a mi comunicación "Fonética y Fonología de *V* en latín clásico", en las *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid, 1977), I, Madrid, 1989: 511-516.

2. El argumento en cuestión fue aducido en su día por nuestro siempre añorado Prof. S. Mariner, en cierta nota de su bien conocida “Fonemática Latina”<sup>(3)</sup>. Mariner, a la hora de apuntalar la interpretación monofonemática de las labiovelares latinas, trae a colación a su respecto los ya famosos criterios formulados por A. Martinet para el análisis fonológico de los sonidos complejos<sup>(4)</sup>. Como se sabe, Martinet antepone a cualquier otro criterio el de la posibilidad de conmutación, ya sea por otro fonema, ya por *cero*, de cada uno de los componentes del sonido complejo en cuestión<sup>(5)</sup>. Una aplicación, al menos superficial, de tal criterio parece en principio aconsejar en el caso que nos ocupa una interpretación difonemática; así lo reconoce Mariner<sup>(6)</sup>, quien ejemplifica con el trío *quārum / uārum / cārum*, en el que, según parece, la sustitución por cero de cada uno de los sonidos componentes del complejo notado por *QV* provoca un cambio de significado. Sin embargo, y siempre en opinión de Mariner, “esta posibilidad de difonematismo quedaría invalidada de acuerdo con las proposiciones III y IV de Martinet, dado el hecho de que en latín se presentan series donde la reunión efectiva de los dos fonemas /c/ y /u/ es fonemáticamente distinta de /qu/: es el caso de *quī ≠ cui* (aun todo el tiempo en que éste fue monosilábico, esto es, valiendo en él la *u* como asilábica”<sup>(7)</sup>). Es decir, que, según Mariner, la palabra que se notaba *QVI* (nonosílabo largo) se distinguía de la que se notaba *CVI* (también monosílabo largo) porque, en tanto que en esta última la pronunciación clásica sería [kwī], en la primera tendríamos la misma *masa vocálica* (y *silábica*) *ī*, pero precedida de un sonido complejo (la labiovelar) que no era sentido como una secuencia *kw*. Más sencillamente, el hablante-oyente latino clásico no identificaba *QV* con *kw*.

3. Pues bien, por nuestra parte nada tenemos que objetar a la lectura que Mariner hace del nominativo *QVI*, como no sea la relativa ambigüedad con que se expresa a propósito de la realización fonética del -para él y también para mí- fonema notado *QV*<sup>(8)</sup>; es decir, estamos absolutamente de acuerdo -como no podía ser menos- en que la cantidad larga de ese monosílabo se debe a que contiene una *ī*. Por el contrario, al menos para la época clásica del

3. MARINER 1962:257 n.15.

4. A. MARTINET, “Un ou deux phonèmes?”, *Acta Linguistica* 1,1939:14-24, ahora refundido en MARTINET 1968:111-124.

5. MARTINET 1968:113.

6. MARINER 1962:257 n.15.

7. MARINER 1962:loc. cit.

8. En efecto, Mariner (*loc. cit.*) afirma que “nada se opone a admitir una realización de un fonema único mediante un sonido complejo cuyos elementos se perciban como sucesivos”. Creo que ahí tenemos una *concesión peligrosa* para quien sostenga el monofonematismo de *QV*, pues daría plena validez a la conmutación *QVARVM/VARVM/CARVM*, al admitir *dos sonidos sucesivos*, presupuesto fundamental del *test* de Martinet. Estimo, en todo caso, que antes habría que preguntarse si las labiovelares latinas no comprendían más bien, como algunos piensan, *dos sonidos simultáneos*. Por lo demás, no niego la posibilidad de interpretación monofonemática de grupos de dos sonidos sucesivos: tal es el caso de la secuencia notada en español con *CH*; pero en ese grupo el segundo elemento no puede ser identificado con ningún fonema del sistema, algo que ya no está tan claro en una secuencia latina *kw*.

latín, estimamos inadecuada su *lectura* de CVI. Y no es que siguiendo cierta tradición tan errada como arraigada en ciertas tradiciones escolares sostengamos para el dativo del relativo-indefinido-interrogativo latino una pronunciación bisilábica -algo que de hecho se da a partir de los poetas postclásicos-<sup>(9)</sup>, sino que, adhiriéndonos a pareceres harto más autorizados que el nuestro propio, creemos que la cantidad larga del monosílabo CVI no se debe a que contenga, como QVI, una vocal larga (*i*), sino al hecho de que contiene, al igual que el dativo HVIC y la interjección HVI, un diptongo *uy*, exclusivo en latín, según parece, de esas tres palabras<sup>(10)</sup>. Resultaría entonces que la oposición QVI/CVI no sería simplemente una oposición entre lo que representara QV y la secuencia *kw*, sino algo más complejo: una oposición, por una parte, entre QV y simple /k/, y entre *uy* e *i*, por otra. Si esto es así, el par resulta no probatorio -aunque sí interesante- a la hora de discutir el estatuto fonológico de las labiovelares latinas.

4. Nos inclinamos, pues, por una pronunciación clásica [*kuy*] para CVI, la que -según decíamos- han sostenido ya otros estudiosos de mucha mayor autoridad; veamos ahora en qué hechos o deducciones puede apoyarse esa tesis.

Por de pronto, no parece que requiera larga argumentación el aserto de que en época clásica tanto CVI como HVIC se pronunciaban como monosílabos largos: a su favor está el irrefutable testimonio de la práctica seguida por los poetas del tiempo<sup>(11)</sup>, práctica que, -como bien decía Sommer polemizando al respecto con Exon<sup>(12)</sup>- no sería lógico atribuir a una sistemática "poetical licence"; si esos poetas medían siempre CVI -que ellos escribían todavía QVOI- como monosílabo largo, al igual que HVIC, resulta razonable pensar que tal era también la normal pronunciación de una y otra forma.

Queda por plantear y resolver, sin embargo, la parte más espinosa de la cuestión: la del contenido vocálico cualitativo de los dativos pronominales que nos ocupan; concretamente tenemos que preguntarnos: ¿dónde estaba en HVIC y CVI el centro de sílaba?, ¿en la V o en la I? (Naturalmente, si el centro silábico estaba en la I, la pronunciación sería [*hwík*], [*kwí*], y si estaba en la V, la I representaría una semivocal, con lo que la pronunciación sería [*huyk*], [*kuy*]). Para HVIC, las cosas parecen estar bastante más claras, sobre todo desde que Sturtevant<sup>(13)</sup> aportó un argumento al que me parece imposible resistirse: el hecho de que una vocal final de palabra se elide ante HVIC (así en el virgiliano *Mene huic confidere monstro?* A. V 849), lo que deja en claro la condición vocálica -es decir silábica- de la V; es decir, HVIC se pronunciaba [*huyk*].

9. Aparte, naturalmente, de restos arcaicos de discutida interpretación; véase LEUMANN 1977:478.

10. Así, entre otros, STURTEVANT 1940:134 s.; SOMMER-PFISTER 1977:68; LEUMANN 1977:478 (con reservas).

11. Véase, por ejemplo, LEUMANN 1977:478.

12. SOMMER 1914:124 s.

13. STURTEVANT 1940:135 (véase también su artículo allí citado); SOMMER 1948:78.

5. Resulta obvio que la misma prueba no puede plantearse para *CVI*, cuya consonante inicial no da lugar a una situación de hiato/elisión. Ahora bien, desde siempre -y con independencia de su opinión acerca de la pronunciación de una y otra forma- los lingüistas han considerado *HVIC* y *CVI* como formas ligadas por un paralelismo comparable al que liga a los correspondientes genitivos *HVIVS* y *CVIVS* <sup>(14)</sup>. En efecto, según luego veremos, uno y otro dativo parecen compartir una común prehistoria e historia. Pues bien, a nosotros nos parece que la más inmediata conclusión -o al menos vehemente sospecha- que cabe sacar de ese paralelismo, es la de que la *V* de *CVI* no procede de la *V* de su antecesora *QVOI*, sino de su *O*, al igual que la *V* de *HVIC* procede de la *O* de *HOIC(E)*, al igual que la primera *V* de *HVIVS* procede de la *O* de *HOIVS*, y al igual que la primera *V* de *CVIVS* procede de la *O* de *QVOIVS*. Esto equivale a suponer que en *QVOI*, como en *QVOIVS*, se produjo la pérdida del apéndice de la labiovelar ante *o* que acreditan como tendencia fonética muy acusada numerosos testimonios; así, por ejemplo, *cottidīe*, *colus*, *colo*, *secundus*, <sup>(15)</sup> etc, todos ellos con *C* (= *K*), resultado de la *deslabialización* de *QV* (= *k<sup>w</sup>*). Todavía tendríamos que añadir aquí otro bien conocido caso, especialmente elocuente en razón de su estrecho parentesco con *CVI*: el de la conjunción *CVM*, antes *QVOM*, en la que, según es bien sabido, no hay en origen otra cosa que un acusativo de tema en *o* del mismo paradigma al que pertenece *CVI* (*QVOI*). Que en *QVOM*/*CVM* <sup>(16)</sup> se produjo precisamente ese paso de *k<sup>w</sup>o-* a *ko-*, no parece que pueda discutirse, como parece también indiscutible que la *V* de *CVM* no representa la *V*, sino la *O*, de *QVOM*, cerrada en *u* en razón del normal empleo de la palabra en una *posición átona* <sup>(17)</sup> que de hecho equiparaba su vocal a la de las sílabas cerradas no iniciales de palabra. En nuestra opinión, tanto en *HOIC(E)* como en *Q(V)OI* ocurrió lo que en *Q(V)OM*: la *o* en sílaba cerrada se cerró en *u*; en una *u* plenamente *vocálica* (silábica), que constituía en la pronunciación clásica el núcleo de la única sílaba que tales palabras tenían.

6. Aunque en latín no son, por lo general, testimonios unívocos los que la ortografía proporciona, creo que en nuestro caso vale la pena dedicar un poco de atención al aspecto gráfico de la cuestión. Es evidente que en casos como *secundus* (antes *\*sequondos*) o *cum* (antes *quom*), el empleo de la grafía *C*, en lugar de *Q(V)*, está impuesto por la conciencia de que a la oclusiva velar la sigue una verdadera vocal (silábica) y no el elemento asilábico que normalmente notaba la *V* en el dígrafo *QV*. Es también claro que esa misma conciencia llevó a escribir

- 
14. Con respecto a *CVI*, STURTEVANT 1940:135 añade la observación de que una pronunciación [*k<sup>w</sup>i*] representaría el único caso en latín en que una *u* consonántica seguiría a *c*, lo que sin duda tiene el valor de argumento complementario; pero ese valor se vería comprometido si se admitiera una realización *kw* de *QV*. Para la historia de *CVI* y *HVIC* véase la bibliografía recogida en las notas siguientes.
15. Véase LEUMAN 1977:137.
16. Véase LEUMANN 1977:137.
17. Empleo términos usados, por ejemplo, por KIECKERS 1931 II:152, aunque sin adherirme a una interpretación acentual del fenómeno en cuestión.

CVIVS lo que antes se escribía QVOIVS. A la vista de todo ello, no parece muy descabellado sostener que la grafía -no clásica, pero sí consagrada luego por la escuela<sup>(18)</sup>- CVI para el dativo del relativo-interrogativo-indefinido clama también con vehemencia en favor de una lectura que atribuya a la V de ese monosílabo la condición de verdadera vocal. Es la misma razón por la que un lector latino sabía, al ver escrito ACVAM, que se hallaba ante un trisílabo y ante una forma del verbo *acuo*, en tanto que veía un bisílabo y una forma del sustantivo *aqua* en la grafía AQVAM<sup>(19)</sup>.

7. No vamos a ocultar que la tesis a cuya defensa nos sumamos aquí -la de la pronunciación [kuy] para CVI- plantea también sus problemas, especialmente de orden histórico. No nos referimos a su escansión bisilábica postclásica y tardía, que hay razones para considerar como un ejemplo de poética y artificiosa *distractio*<sup>(20)</sup>, sino a la anterior historia de la forma. Precisamente sobre este punto tuvimos ocasión de discutir con el propio Mariner, quien incluso dejó constancia escrita de su parecer en unas anotaciones marginales al original de una conferencia inédita<sup>(21)</sup> que el autor de estas líneas había sometido a la crítica del maestro. Insistiendo en la posición mantenida en su "Fonemática", escribió Mariner: "Naturalmente, no estaré de acuerdo con Vd. cuando haga de esa V centro silábico en CVI monosílabo: ¿cómo iba a privar una u sobre la cantidad de la *i*, que era larga?" Desde luego hay que reconocer que la etimología comúnmente admitida para la forma (*k<sup>w</sup>oijej* o *k<sup>w</sup>oyyey*<sup>(22)</sup>), representada por la grafía QVOIEI) parece apoyar esa objeción, que a su manera ya se planteaba Leumann, a pesar de mostrarse partidario de admitir para el latín clásico la pronunciación *cūi* (monosílabo con diptongo), que nosotros sostenemos. En efecto, unas líneas antes escribe: "Dado que la *i* de los dativos continúa con seguridad *ei* (>*i*), tal vez haya que añadir *uī*, si no se prefiere interpretar *cui huic* monosílabos largos ya en Plauto como antiguos bisílabos \**quoei* \**hoei* con medida por abreviación yámbica"<sup>(23)</sup>.

Pues bien, en nuestra opinión, la notable pérdida de *masa vocálica* que parece haber llevado del bisílabo escrito QVOIEI al monosílabo CVI pronunciado [kuy], plantea dificultades de explicación, pero no de tal gravedad que resulten insalvables. Por de pronto, parece prácticamente seguro que el mismo proceso ocurrió con HVIC, para el que, según veíamos, está

18. Es de rigor recordar aquí el pasaje de Quintiliano (I 7,27) en el que se testimonia lo relativamente reciente de la grafía CVI, en sustitución de QVOI, todavía vigente en los tiempos de la niñez del autor.
19. Véanse MARINER 1962:256 s.; QUETGLAS 1985:89. Naturalmente, en esa oposición nosotros vemos con claridad la oposición entre el fonema QV y el grupo /k/ + /u/.
20. Así, por ejemplo, LEUMANN 1977:478.
21. "La escritura latina entre la fonética y la fonología", pronunciada en la Universidad de Santiago en 1979.
22. Por comodidad, y por convicción, emplearé el signo *i* para notar toda *i* que no sea núcleo de su sílaba, independientemente de su posición (pre- o postnuclear) en ella, prescindiendo del signo *i*. Sobre el origen, no muy claro, de *cui* pueden verse SOMMER 1948: 437, 445; SOMMER 1914:125; KIECKERS 1931 II:152; MONTEIL 1973:229; LEUMANN 1977:477.
23. LEUMANN 1977:478.

bien acreditada la pronunciación con diptongo ([*huyk*]), y al que se atribuye una forma originaria *hoj̄jeic(e)* o *hoyyeyc(e)*<sup>(24)</sup>; pero, además, el proceso mismo resulta comprensible a la luz de otros fenómenos acreditados en la historia del latín.

8. En efecto, una forma como la que parece representar la grafía *QVOIEI* (es decir, *k<sup>w</sup>oyey* o *k<sup>w</sup>oyyey*<sup>(25)</sup>), evidentemente bisilábica, podría haber evolucionado hacia un *k<sup>w</sup>oey*, igualmente bisilábico, al que podría corresponder la grafía *QVOEI*<sup>(26)</sup>; ulteriormente, y aparte la *deslabialización* de la labiovelar que parece ya acreditada por la grafía *COI*<sup>(27)</sup>, se habría producido un proceso de *contracción*<sup>(28)</sup> del hiato de *k<sup>w</sup>oī*, resultado inmediato de *k<sup>w</sup>oey*, en un diptongo (*k<sup>w</sup>oy*), proceso en el que la mayor abertura y la posición inicial de grupo de la *o* se habrían impuesto sobre la cantidad larga de la *i* (no veo necesario ni verosímil suponer una previa *corruptio iambica* de la misma). Una evolución parecida a la que acabamos de esbozar es la que sostiene Leumann, aunque partiendo de una *o* ya cerrada en *u* (“*uī* > *ui*”<sup>(29)</sup>). Esta hipótesis nos parece menos verosímil porque consideramos necesario para una lógica explicación del cerramiento de *o* en *u* el que la *o* se hallara en sílaba cerrada, lo que, obviamente, no ocurría todavía en un hiato *uī*. Así pues, como antecedente inmediato del *CVI* pronunciado [*kuy*] preferimos suponer un *Q(V)OI* ([*k<sup>w</sup>oy*]), ya monosílabo largo.

9. Pero, en fin, tampoco pretendíamos replantear aquí toda la prehistoria e historia de esos discutidos dativos pronominales. Sólo queríamos -según ya dijimos- poner en cuarentena el testimonio que a algunos estudiosos les parecía que podía aportar el dativo *CVI* en el contencioso acerca del estatuto fonológico de las labiovelares latinas; y, si como parece probable, *CVI* (escrito todavía *QVOI*) se pronunciaba [*kuy*] en época clásica, y no [*kwi*], resulta que no se oponía al nominativo *QVI* ([*k<sup>w</sup>ī*]) por presentar una secuencia *kw* frente a una

24. Para el origen de *huic*, que plantea los mismos problemas que el de *cui*, véanse SOMMER 1948:445; KIECKERS 1931 II:137; LEUMANN 1977:477.

25. La y geminada parece exigida por la cantidad larga de la primera sílaba del arcaico *QVOIEI* bisilábico que todavía se rastrea en los poetas cómicos, y procedería de la y geminada del genitivo; pueden verse al respecto MONTEIL 1973:230 y LEUMANN 1977:477 s.

26. Plantea dificultades la desaparición de la y geminada, según ya hace notar SOMMER 1914:125, que acaba por recurrir a la “unbetonte Stellung” como factor explicativo. KIECKERS 1931 II:152 considera expresamente *quoei* como *Zwischenstufe*, y LEUMANN 1977:478 contempla la posibilidad de \**quoei* y \**hoei* bisilábicos yámbicos abreviados. También podría pensarse en una persistencia de *yy* hasta un momento posterior a la monoptongación de *ei* en *ī*: su pérdida en una forma \**k<sup>w</sup>oyyī* encontraría paralelos (véase SOMMER-PFISTER 1977:124). La grafía *QVOEI* también podría interpretarse como significativa del \**k<sup>w</sup>oī* bisilábico resultante.

27. Citada por LEUMANN 1977:478.

28. Subrayo que, al igual que LEUMANN 1977:120 s., incluyo dentro del capítulo de la “contracción” el fenómeno por el que un hiato se convierte en diptongo; es decir, no considero necesaria una asimilación de timbres para que se pueda hablar de ella.

29. LEUMANN 1977:121.

labiovelar *QV* (*k<sup>w</sup>*), sino en razón de otras bien distintas diferencias. Ello significa que la oposición *QVI* ≠ *CVI* no puede ser aducida como prueba de que en latín clásico el sonido complejo notado por *QV* era sentido como fonológicamente distinto de la secuencia *kw*.

José L. MORALEJO  
Universidad de Oviedo

### BIBLIOGRAFIA

KIECKERS, (E.) 1931: *Historische Lateinische Grammatik. II. Teil, Formenlehre.* Munich, M. Hueber.

LEUMANN, (M.) 1977: *Lateinische Laut- und Formenlehre.* Munich, C. Beck.

MARINER, (S.) 1962: "Apéndice, Fonemática Latina" a M. BASSOLS DE CLIMENT, *Fonética Latina.* Madrid, C.S.I.C., 247-271.

MARTINET, (A.) 1968: *La Lingüística Sincrónica.* Madrid, Gredos.

MONTEIL, (P.) 1973: *Eléments de phonétique et de morphologie du latin.* París, Nathan.

QUETGLAS, (P.) 1985: *Elementos básicos de filología y lingüística latinas.* Barcelona, Teide.

SOMMER, (F.) 1948: *Handbuch der Lateinischen Laut- und Formenlehre.* Heidelberg, C. Winter. (Reimpr. de la 2ª/3ª ed., 1914.)

SOMMER, (F.)-PFISTER, (R.), 1977: *Handbuch der lateinischen Laut- und Formenlehre, Band I.* Heidelberg, C. Winter.

STURTEVANT, (E.H.) 1940: *The Pronunciation of Greek and Latin*, second ed. Westport (Conn.), Greenwood Pr. (reimpr.).